

Manual de Urbanidad

DOS autores franceses, el duque de Lévis Mirepoix y el conde Félix de Vogüé, dicen en su libro *La Politesse. Son rôle, ses usages*, publicado en París en 1937, que «En lo que se refiere al saludo, hoy comprobamos que se descuidan los matices. Saludar con la mano al cruzarse en la calle con una persona es cosa adecuada cuando se trata de un amigo bastante íntimo. Pero hoy se hace un uso incorrecto de esta forma de saludar, por el hecho de que muchos hombres jóvenes no llevan ya sombrero. ¡Excusa insuficiente!

Les bastaría, en vez de agitar el brazo, inclinar respetuosamente la cabeza, según el grado de deferencia requerido».

Si el duque y el conde levantarán la cabeza, acaso la volverían a un lado para no ver hasta qué punto se ha generalizado el impropio saludo que ellos ya en su tiempo denunciaban. He dicho ya en anteriores capítulos de esta misma serie, y no me canso de repetirlo, que es consustancial a la asignatura de la Urbanidad el disgusto que los autores manifiestan ante la disipación de las costumbres de su tiempo. Para ellos, el pasado fue siempre tan delicadamente urbano como impolítico es el presente. Lo que, repetido generación tras generación, viene a significar el reconocimiento del perpetuo fracaso del Manual.

Y si Mirepoix y de Vogüé tienen razón en lamentar las extralimitaciones de su tiempo, ¿cuál no ha de ser el sentimiento de impotencia con que nosotros habremos de deplorar lo que corrientemente vemos y oímos? La Urbanidad es pura nostalgia del tiempo pasado, del tiempo en que aún era posible que, como cuentan nuestros dos autores franceses, el conductor de un tranvía de Marsella detuviera suavemente su vehículo en la Canebière ante un transeúnte distraído y le dijera: «*Monsieur, voulez vous me laisser passer, s'il vous plaît?*».

Nos corresponde por tanto rasgarnos las vestiduras al ver las costumbres del presente destituidas de toda urbanidad y decoro; pero reconocer al mismo tiempo que lo que hoy comúnmente se hace será el fundamento de la Urbanidad en el futuro. Y así, principiaremos por describir el rito social de las presentaciones en el que, como en todo el conjunto de la cortesía y buenos modales se observa hoy una tendencia a la «naturalidad» que, lejos de ser natural, quiero decir, fruto de la naturaleza, es tan hija de la «afectación» del pasado.

Lo más extremado que se hace hoy en materia de presentaciones es no hacer las presentaciones. En numerosos grupos de jóvenes, sobre todo, entre los que castizamente se llamarían «modernos», no suele hacerse ya la presentación del recién llegado a la

DEL SALUDO Y DE LAS PRESENTACIONES

LUIS CARANDELL

reunión a quien algunos de los presentes no conocen. No es el abandono de los buenos modales lo que dicta esto. Es una nueva forma de la cortesía, basada en la aspiración igualitaria, en la que se da por supuesto que el hecho de pertenecer al género humano es suficiente título para una buena acogida. A menudo, en las antipodas de la anunciadora alabarda, no se dice ni siquiera el nombre del recién llegado, o la información se limita al nombre de pila. Pero sería considerado de pésimo gusto la mención de cualquier título, profesión u origen.

Yo he visto en una casa llegar a un hijo joven con un amigo desconocido para sus padres y sentarse directamente a la mesa en que estos estaban comiendo sin pronunciar palabra. La madre, solícita, se levantó para servir-

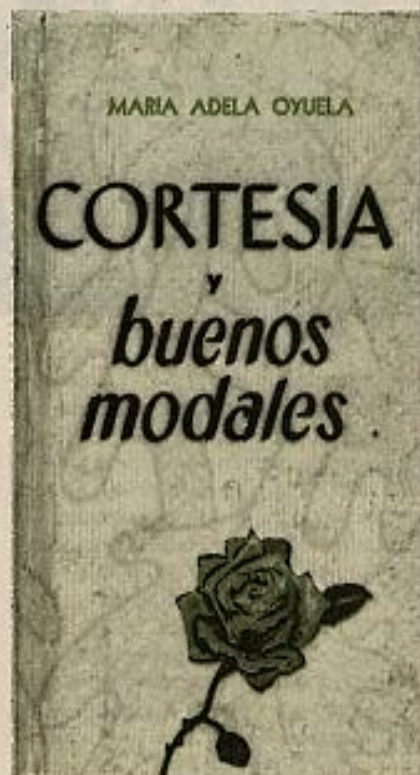
les la comida y no obtuvo a sus frases amables más respuesta que algún sonido gutural por parte del hijo, mientras el invitado comía en silencio. Terminada la comida, se marcharon sin despedirse. No era descortesía. Era una nueva y militante fórmula de la inescapable Urbanidad.

Una hija mía, progre ella, me presentó un día a una amiga suya, diciendo simplemente: «Luis, Luisa», y omitiendo cualquier referencia a mi paterna condición. Se lo agradecí mucho, pues en ella era una deferencia, por más que la amiga estuviese al cabo de la calle respecto de quien era yo realmente.

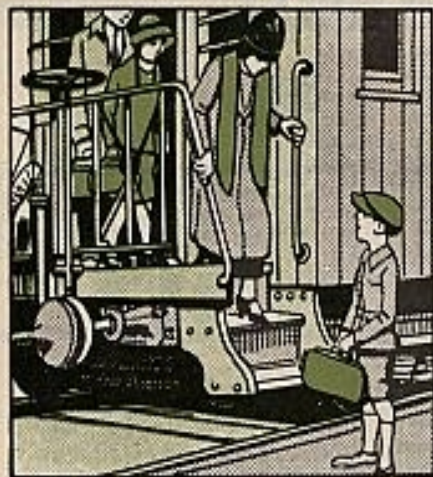
Aun cuando las costumbres de los jóvenes introducen un cambio sustancial en esta materia, las presentaciones son, sin embargo, imprescindibles en el trato social de todos los días. El tercero no presentado hace, en una conversación de dos personas, un papel deplorable, como de estatua. Si es decidido dice eso de «me presento...». Pero si es tímido, suele disgustarse y reprochar al amigo que no le haya presentado a la persona con quien se encontró. A menudo, la excusa es que el que debía haber hecho las presentaciones no recordaba el nombre del otro. En una sociedad de «relaciones públicas» la identificación de los nombres de la agenda es una verdadera asignatura.

Lo que no se hace ya tanto como solía hacerse es recitar con la vieja prosopopeya el título, condición o calidad del presentado. Ha pasado el tiempo en que la gente quería ver continuamente reconocidos sus méritos, como en el chiste aquel del hombre que en un entierro dice la consabida frase de: «¡No somos nadie!» y un señor que está a su lado responde: «Eso será usted. Un servidor es jefe de Negociado del Ministerio de Instrucción Pública».

Aún pasa que el adulator que nos presenta a un señor importante nos



EN LOS VIAJES - EL NIÑO BIEN EDUCADO



EN LOS VIAJES - EL NIÑO MAL EDUCADO



largue la retahíla de sus títulos, pero en general hay discreción en esto. Se dice, si acaso, una parte de ellos, y en la conversación que sigue se va descubriendo el resto de las grandezas. A veces se bromea, dando a entender la importancia del presentado con medias palabras. Cuando alguien nos dice que «te voy a presentar a un amiguete» es porque considera importante a esa persona y presume de su amistad. «Aquí Manolo, aquí un amiguete que es luchador», oí decir en una ocasión.

A la mujer propia, a la novia o a la amiga con quien se sale se la presenta sólo por el nombre de pila, sin el apellido. Las mujeres españolas, al contrario que las francesas o inglesas, conservan el apellido cuando se casan («es lo único que les dejamos», bromea los casados), pero ese apellido no se dice. Modernamente, la Urbanidad menos convencional tiende a exigir que se diga también el apellido de la mujer para denotar que tiene una personalidad distinta de la del hombre con quien vive.

La frase española actual para las presentaciones es la de «encantado». Se

utiliza más que «mucho gusto» y, en el tránsito general hacia la «naturalidad», empieza a decirse simplemente «Hola». El que presenta suele decir: «No sé si conoces a...» y no falta algún cursi que diga «¿Conoces?». En el saludo entre conocidos se utilizan fórmulas como «¿qué tal?», «¿Cómo estas?», «¿Qué tal vas?», y todavía se usa, aunque menos que antes, el plural mayestático, «¿Cómo estamos?».

Besar la mano a las mujeres es costumbre en desuso, aunque todavía se ve.

Ahora se las besa en la cara. Entre los «nuevos españoles» está tan generalizada la costumbre de que los hombres besen a las mujeres, que darles simplemente la mano llega a parecer descortesía, si se trata de personas que tienen entre sí cierto grado de conocimiento y tanto si son solteras como casadas. La forma de besar a las mujeres ajenas tiene sutiles limitaciones que no pueden transgredirse. Las mujeres responden con la misma circunspección, aclarando a veces «Un besote».

Los hombres entre sí, salvo recientísima novedad gay, no se besan, como

los franceses o los rusos. Lo característico de España es la palmada, el abrazo y, a menudo un efusivo redoble en los homoplatos. Hay palmadas espantosas, cuasi-criminales. Muy característico también es agarrar el codo con la mano izquierda mientras se da la derecha. En las presentaciones se da siempre la mano. Entre los amigos se prefiere un discreto, fraternal magreo de brazos o espaldas. El último resto del besamanos español, el que se dedicaba a los señores curas, hace tiempo que pasó a la historia, aunque puede verse todavía en pueblos y ciudades episcopales.

Entre los más jóvenes, el apretón de manos se estila cada vez menos y se considera anticuado y hasta importuno dar la mano a una persona a la que se ve a menudo. Crecientemente, el saludo de los que se encuentran se limita, cuando no llevan mucho tiempo sin verse, a un gesto de la mano dibujado en el aire que tiene algo del saludo con que los políticos responden a las aclamaciones populares, aunque más rápido y esquemático. De todos modos, en España puede hacerse aún una antología de apretones de mano, forzudos y enérgicos algunos hasta hacer crujir los huesos, blandos otros, con mortecina desgana.

Aunque la regla es que el hombre, al ser saludado, ha de levantarse y la mujer quedarse sentada, ahora se ve a muchos hombres repantingados en la silla cuando otro hombre o incluso mujer, les saluda, mientras la mujer deseosa de demostrar que tiene más talentos que los del mero «bello sexo», se levanta y recibe de pie el saludo del recién llegado. Si el que entra es lo que se conoce por «un superior», lo normal sigue siendo levantarse. Las leyes de la jerarquía no parecen haber cambiado mucho.

El saludo desde lejos se hace cada vez más con la mano. La reverencia desaparece y sólo queda, si acaso, una leve inclinación de cabeza. Cuando no hay que expresar respecto, el movimiento de la cabeza es hacia arriba. Entre amigos, un guiño puede ser suficiente.

La despedida se va reduciendo a muy escuetas fórmulas que apenas tienen que ver con el «Adiós» o «Hasta luego», y menos con el «Hasta la vista», que sólo se menciona en los manuales de conversación para extranjeros. Aquello de «A ver si nos vemos y tomamos una copa», que se convirtió en proverbial chiste, queda reducido a fórmulas como «nos vemos» o «nos llamamos» o «cenamos». O incluso al mero gesto sin palabras, llevando la mano a la oreja para indicar que sin ningún género de dudas, esta vez de veras, vamos a llamarnos por teléfono. ■ L. C.